

EL SISTEMA POLITICO EUROPEO HASTA 1914

Por

Canis VENATICI
Oficial de Reserva
Armada de Chile

La iniciación de la Primera Guerra Mundial en julio de 1914, determinó el desmoronamiento y el fracaso del sistema de equilibrio de fuerzas, mediante el cual se había logrado mantener la paz en Europa y por consecuencia, también en el resto del mundo.

Todos los Estados interesados en observar fielmente la regla del equilibrio del poder, orientaban sus políticas internacionales en tal sentido, que evitasen en lo posible que alguno de ellos, aislada o conjuntamente, obtuvieran una posición privilegiada con respecto a los restantes Estados.

Tras la ida de Napoleón Bonaparte a Santa Elena, las cuatro Potencias triunfantes y además aliadas —Prusia, Inglaterra, Austria y Rusia— suscribieron el Tratado de París el 30 de mayo de 1814, declarando sus buenos propósitos en una paz firme, basada en el justo equilibrio del poder entre las grandes Potencias.

Lo extraño y quizás caso único en la historia del mundo, pese a lo precario de la Alianza y falta de lazos comunes entre estos Estados, fue que esta paz lograra mantenerse por un siglo.

Los conflictos que ocurrirían como excepción serían de carácter limitado y muy localizados geográficamente.

Influyó en esta larga duración, la carencia inicial de recursos materiales y tecnológicos como para que ninguno de sus hombres de Estado pretendiera im-

poner su dominio en el teatro europeo en un nivel comparativamente igual al que casi estuvieron a punto de tener Napoleón y Luis XIV.

Rusia había abandonado por el momento sus pretensiones expansionistas hacia la Europa occidental, trocándolas por las dirigidas hacia el Sur y hacia el Este.

Austria, hábilmente dirigida por un hombre extraordinario como Metternich, ya tenía suficientes preocupaciones para mantenerse en sus posesiones italianas y en las heterogéneas balcánicas y eslavas, además de no enemistarse con su poderoso vecino prusiano. Prusia se mantenía pequeña territorialmente pero con no disimuladas ambiciones hegemónicas, las que aumentarían con el correr de los años.

Francia estaba exhausta por los inmensos sacrificios a que había estado expuesta bajo el régimen napoleónico y ya no representaba mayor peligro.

Inglaterra es caso aparte, especialmente por el despegue económico que iba a experimentar en la primera mitad del siglo y que influiría en su transformación como elemento equilibrador de la política europea continental.

Castlereagh fue el precursor del "justo equilibrio", cimentado en la confrontación del poder entre los Estados continentales, mientras Inglaterra se mantenía alejada y por encima de las luchas de aquellos Estados, reservándose para sí el poder equilibrador. Disponía para cumplir con sus objetivos de dos elementos que los Estados continentales no poseían: su expectable posición geográfica (para aquellos años) casi inexpugnable a todo ataque proveniente del Continente y su fuerte comercio marítimo protegido por una Armada Real que ya dominaba abiertamente los medios marítimos de comunicaciones.

La experiencia enseñaba a los dirigentes ingleses a recelar del predominio continental por una sola Potencia política y que contara con un fuerte respaldo militar.

En ese tiempo ellos evitaron, en todo lo posible, los compromisos políticos a largo plazo con alguna Potencia determinada del Continente.

Había que mantener una libertad de acción en la política internacional que

tuviera al mismo tiempo un fuerte efecto disuasivo para las pretensiones hegemónicas de alguna Potencia Continental. Inglaterra podría asegurar la paz, reduciendo la magnitud de los conflictos bélicos al nivel de objetivos limitados.

Asimismo conservaría su libertad de acción para impedir por la vía militar, que alguna Potencia pretendiera objetivos geográficos estratégicos que rompieran o pusieran en peligro su efectivo dominio sobre los mares y sus fuentes de abastecimientos.

A todo esto se le dio en llamar la "Pax Britannica".

Pero esta política de los ingleses iba a encontrar resistencia. La expansión industrial ya en pleno desarrollo, que incluyó su correspondiente avance científico y tecnológico pesó notablemente en la creación de los nuevos armamentos, comunicaciones telegráficas, transporte marítimo y ferroviario.

Los estrategas militares ya no quedarían sujetos a las condiciones meteorológicas para planificar sus campañas marítimas, ni a la movilización terrestre de los Ejércitos y de sus pertrechos, ni tampoco habría tiempos muertos en el conocimiento de los acontecimientos debido a la instauración del telégrafo. Los horarios habrían de reducirse notablemente en los eventuales enfrentamientos militares.

También habría de influir la unificación de varios estados independientes de Alemania bajo la supremacía de Prusia, personificada en Guillermo de Prusia y en el Príncipe Otto von Bismarck en lo político, y en el conde von Moltke en lo militar, quienes llevaron a la práctica el principio de la "nación en armas".

Pero los problemas dinásticos del Imperio austro-húngaro, Rusia y Alemania y los experimentos republicanos en Francia, debían derivar hacia objetivos políticos diferentes de acuerdo a sus respectivos intereses nacionales muy disímiles entre cada uno de estos Estados y que habrían de trizar los cimientos de la Pax Britannica.

Los malos vientos para Europa empezaron a soplar con la nominación del Príncipe von Bismarck como Ministro Presidente de Prusia y con la decisión del rey Guillermo I de Prusia de reorganizar y ampliar su Ejército de acuerdo

con las revolucionarias normas del servicio militar universal en tiempos de paz, o como ya lo mencionáramos, la nación en armas.

A partir de 1814 el Ejército prusiano había reclutado sus cuadros a través de una conscripción no planificada, por cuanto los hombres llamados al servicio eran menores en cantidad que el total del contingente en edad de cumplir con esta obligación.

Unos, de este excedente, eran enviados a la Guardia Nacional o Landwehr y el resto quedaba exento de toda obligación en tiempos de paz.

En lo político, Guillermo I deseaba y aspiraba firmemente crear una Confederación germánica bajo la conducción de Prusia pero con la exclusión de Austria-Hungría.

El Imperio austro-húngaro no era un aliado deseable y además ya había sido derrotado por Francia y Cerdeña en 1859.

Ya en 1860, Guillermo, siendo Príncipe regente, sugirió para la juventud el novedoso sistema del servicio militar universal, que consistía en permanecer tres años en activo y cuatro años en la reserva. Esta medida estuvo bajo una fuerte oposición, la que fue vencida por la agilidad de Bismarck, ganándose de paso el respeto del Rey y del muy importante Moltke.

Entre los años 1862 y 1866, el Ejército prusiano fue modificado radicalmente. Las unidades regimentales fueron cuádruplicadas y el cuerpo de oficiales fue renovado absolutamente en espíritu y profesionalmente.

Bismarck prosiguió con su plan de la unificación alemana a través de pequeñas guerras limitadas pero efectivas en las consecuencias políticas de los objetivos prusianos.

Para 1864 obtuvo el ducado de Schleswig-Holstein de Dinamarca y destrozó a Austria en 1866, sugiriendo a su monarca abstenerse de entrar triunfalmente en Viena para evitar mayores males políticos en el futuro próximo.

En 1870, Prusia disponía de un fuerte Ejército con sus tropas de reserva y de una efectiva guardia nacional. Se buscó el conflicto y estalló la guerra contra Francia, a la que ya se consideraba como la primera potencia militar europea.

Las sucesivas victorias prusianas desarticularon al Ejército francés. Pero los prusianos no estaban solos. Se les habían unido las fuerzas militares de los Estados alemanes más pequeños y esta unión militar significó la unión política que habría de afectar las relaciones internacionales no ya de Europa sino que de todo el mundo y hasta nuestros días.

La creación del Imperio alemán traería, a pesar de todo, un largo período de paz para Europa hasta 1914.

Las lecciones y enseñanzas dejadas por la campaña franco-prusiana fueron numerosas e importantes.

Los Estados no podrían sentirse seguros si no preparaban a sus hombres jóvenes para la guerra, la que de allí en adelante se llevaría a cabo de acuerdo a nuevos métodos hasta entonces desconocidos.

Se necesitaría de Estados Mayores profesionalmente capacitados y también de grandes reservas humanas y materiales.

El aspecto político de la Europa continental se había modificado. Había quedado una Francia humillada por una derrota no prevista, un Imperio austro-húngaro modificado, una Italia recién reunificada y con una Rusia con grandes problemas sociales internos. Todos estos Estados se decidieron a implantar estas nuevas normas militares para enfrentar el creciente poderío militar alemán.

Ya en 1890 todas las Potencias europeas disponían de fuerzas militares bajo el sistema del servicio militar obligatorio a cumplirse entre las edades de diecinueve a veinte años.

Las reservas militares estarían sujetas a periódicos entrenamientos y estarían bajo ese status por un período de nueve a quince años.

Los planes de batalla señalaban que sus fuerzas de tiempos de paz alcanzarían entre un cincuenta y un sesenta por ciento de los efectivos de tiempos de guerra.

En la práctica, cada unidad regimental se reclutaba en un distrito geográfico determinado. Los reservistas al ser movilizados, pasaban automáticamente a formar parte de los regimientos activados, hasta completar sus efectivos, formando de paso una o dos unidades regimentales de reserva.

Así, sin llegar al desplazamiento geográfico, los efectivos militares se triplicaban o cuadruplicaban solamente en cuarenta y ocho horas. Esta eficiencia regía para Francia y Alemania.

Para Italia y Austria-Hungría, el proceso era más lento, debido a sus procedimientos muy burocratizados.

La situación era muchísimo más complicada para la Rusia zarista debido a la falta de transporte ferroviario y a sus inmensas distancias geográficas.

Los reservistas al presentarse a reconocer cuartel, tenían dificultades en obtener sus equipos y armamentos para pasar a formar parte de los cuadros de sus regimientos.

Esta era la primera etapa en el proceso de movilización para una guerra deseada por algunos y rechazada por otros.

Aquí comenzaba a entrar en vigor el plan de batalla preparado por los Estados Mayores Generales.

Obviamente, en estos planes se disponía el rápido desplazamiento de los regimientos por vía ferroviaria y marítima hacia los puntos de concentración de las divisiones y Cuerpos de Ejército, puntos geográficos éstos que debían estar ubicados en el sitio más adecuado para iniciar la entrada en acción contra el eventual adversario.

Es claro y evidente que la Nación que pudiese iniciar la ofensiva total antes que las fuerzas adversarias estuviesen en sus zonas de combate, obtendría una ventaja táctica y estratégica vital. Los Estados Mayores estaban obligados a revisar continuamente sus planes acerca de lo que podía hacer cada Potencia adversaria, determinando el número de fuerzas que en horarios establecidos estarían en sus puestos de combate a partir del instante del llamamiento a las filas.

En otras palabras, lo que se ha dado en llamar el fatal horario de la movilización, por cuanto un Estado no podría sustraerse al efecto contrarrestador de la movilización general, lo que le significaría la derrota y el caos nacional interno.

Si un Estado iniciaba este proceso movilizador, cada adversario potencial o víctima eventual, no podría tener la más mínima duda o vacilación en actuar del mismo modo. Los medios diplomáticos no podrían actuar sino para ganar tiempo.

Ya en el período 1890-1914, la notificación de una movilización general en Europa no podía permanecer desconocida para los demás Estados sino por un lapso mínimo de horas, por lo que la sorpresa se desarrollaría sólo en el aspecto estratégico.

La dirección era un factor de la más extrema importancia por cuanto un error en la evolución inicial de las fuerzas militares difícilmente podría ser modificado en el transcurso de las campañas subsiguientes.

La evolución o despliegue no se efectuaría en cualquiera dirección elegida al azar, sino que respondería a un complejo plan de movilización ferroviaria y su concentración, que debía estar preparada hasta la exageración y en sus más mínimos detalles para evitar el caos logístico.

Si bien es cierto que era conocido casi en todos sus detalles el número y tipo de las fuerzas militares con que contaba cada uno de los Estados eventualmente beligerantes, era ignorada la cantidad y calidad de las fuerzas de reserva en condiciones de ser empleadas en la contienda y al estallido del conflicto.

Se ignoraba la instrucción y el entrenamiento de la oficialidad de reserva y cuáles eran las doctrinas de los respectivos Estados Mayores Generales para su aplicación en tiempos de guerra.

Este fue un grave problema en su tiempo y a pesar de la introducción de nuevos sistemas de entrenamiento, lo sigue siendo hoy en día. Se sostuvo en su tiempo que un reservista regresado a su ambiente civil después de cumplido su servicio militar, no estaba apto para el servicio en la línea de fuego, a no ser que se le incluyese en unidades regimentales formadas en gran parte por fuerzas activas y permanentes.

Según esta doctrina, las reservas eran aptas para servicios de guarnición en plazas fuertes o también como fuerzas de ocupación.

Pero al evaluarse la importancia y magnitud de las reservas, quedaba un amplio margen de incertidumbre en lo referente al grado de preparación y que a todas vistas era imprescindible mantener en el más absoluto sigilo.

Un punto de coincidencia en todos los Estados Mayores: el objetivo fundamen-

tal era el encuentro decisivo destinado a destruir la fuerza adversaria.

Ningún Estado Mayor ha planeado guerras de larga duración por las imprevisibles consecuencias que tendrían en el frente interno de su propio país.

Era menester la batalla decisiva en una guerra de corta duración para así lograr mantener un poder efectivo y resolutivo para las posteriores negociaciones de paz.

Un Ejército victorioso pero agotado por el esfuerzo librado no sirve para mantener el objetivo político que originó la guerra, por cuanto la política de su Estado no contaría con el respaldo de la fuerza.

En aquellos años hubo ejemplos que corroboran este principio. Austria fue inmovilizada en 1866 en solo siete semanas de maniobras y en un sólo encuentro decisivo.

Francia, en 1870-1871, lo fue en siete meses y tras varios encuentros escalonados y decisivos.

Se trató de dar una respuesta explicativa para lo contrario de esto, refiriéndose a la Guerra Civil norteamericana de 1861-1865 y a la guerra ruso-japonesa de 1904-1905.

La verdad fue amarga y costó demasiados esfuerzos para que los Estados Mayores corrigieran sus predicamentos.

Costó sangre, ruina económica y padecimientos a las poblaciones civiles de esos países.

Era también necesario contar con la posibilidad de una guerra larga y los efectos que ella tendría sobre el frente interno.

Esta avalancha de cambios significó un mayor trabajo para los Estados Mayores, pero el más absorbente era el fatídico horario de la movilización general y su influencia en la duración de la guerra.

Vamos viendo. La introducción del nuevo fusil, de la ametralladora con su alto poder de fuego y la artillería de campaña de tiro rápido más la introducción del motor a explosión que revolucionó la movilidad de las fuerzas combatientes.

Todos estos adelantos fueron la consecuencia de la expansión industrial europea y por todo esto ya era dable pensar

si una nación industrializada podría ser abatida en un período corto de tiempo, considerando que el frente industrial interno continuaría proveyendo los recursos bélicos para un conflicto más largo.

En el esquema político, Prusia se preguntaba si Europa toda estaría llana a admitir la presencia de un poderoso Estado Alemán ubicado en el centro geográfico del Continente y si este hecho podría ser considerado como un elemento estabilizador en el equilibrio europeo.

Para buscar este fin se intensificó la búsqueda de las relaciones con Austria-Hungría y Rusia, aún sabiendo que los intereses de estos países eran conflictivos en la región balcánica, pero confiando en su papel de mediador para suavizar los inconvenientes.

Tampoco los alemanes descuidaron el apoyo indirecto a los británicos para negar a los rusos el libre paso por los Dardanelos.

El otro aspecto de la política alemana era procurar el aislamiento de Francia.

A todo esto había que agregar el aumento de la natalidad en Alemania y el despegue industrial de la Renania, lo que les proporcionaría una superioridad sobre Francia para un futuro inmediato.

Era imposible descartar la posibilidad del desquite francés ante la pérdida de Alsacia-Lorena en 1871.

Francia necesitaba de los mismos aliados de Alemania para lanzarse a una guerra en contra de ella.

Todo este juego político de alianzas se mantuvo relativamente estable hasta 1880.

En 1882, Bismarck obtuvo el acercamiento de Italia para dar forma a la Triple Alianza junto a Alemania y al Imperio austro-húngaro. En 1887 Alemania concluyó un Tratado con Rusia. En cierto modo, esto significaba conciliar los intereses de todos ellos en la Europa Oriental y muy especialmente en los Balcanes.

El error fatal de esta red de tratados estuvo en el excesivo personalismo impuesto por Bismarck. Prusia era gobernada por hombres sin necesidad de recurrir a las leyes. Lo inevitable tenía que ocurrir y entre 1888 y 1891, los tres hombres fundamentales en la conducción

política alemana desaparecieron de la escena: Guillermo I murió en 1888; en 1890, el nuevo monarca, Guillermo II, celoso de sus prerrogativas reales, destituyó a Bismarck, y Moltke falleció en 1891.

Caído Bismarck, Rusia solicitó la renovación del Tratado firmado con los alemanes por un nuevo período de seis años. El sucesor de Bismarck, General conde Leo von Caprivi, de estatura política muy inferior a su antecesor, se opuso a la renovación aduciendo que el Tratado no era compatible con las obligaciones contraídas por Alemania y que favorecían al Imperio de los Hapsburgo.

No fue el momento más oportuno ya que Francia estaba buscando un acercamiento hacia los rusos. La reacción rusa fue instantánea, pues invitaron a un general francés a presenciar las maniobras de 1891 y extendieron además una invitación para que una Escuadra francesa visitara la Base naval de Kronstadt.

Pero todo no terminó ahí.

En agosto de 1892 se firmó un acuerdo militar en el que se precisaba que cada país estaría obligado a atacar a Alemania si ésta atacaba a su vez a cualquiera de los dos signatarios y la movilización general de los Ejércitos ruso y francés sería inmediata en el caso de que cualquiera de los integrantes de la Triple Alianza —Alemania, Austria-Hungría e Italia— se movilizaran.

Con este acuerdo ruso-francés, el sistema de seguridad ideado y mantenido por Bismarck se desmoronaba. Inglaterra continuaba conservando su independencia de maniobra en espera de los acontecimientos.

En otras palabras, Alemania debería luchar en una guerra futura en dos frentes simultáneamente.

El Jefe del Estado Mayor General Imperial, conde von Schlieffen, se abocó con la mayor celeridad y acuciosidad a resolver este grave problema estratégico. Su desarrollo estaba basado en los horarios de movilización que señalaban que tanto Alemania como Francia podían finalizar el despliegue de sus efectivos militares en aproximadamente quince días, mientras que el Ejército ruso no podría iniciar una gran ofensiva antes de seis a siete semanas. Esto indicaba que lo más adecuado sería dirigir y concentrar el máximo de

fuerza sobre el frente francés usando todos los efectivos disponibles excepto aquellas fuerzas imprescindiblemente necesarias para sostener una defensa contra el ataque ruso, que contaría apenas con las unidades fronterizas movilizadas.

En síntesis, el Plan Schlieffen consistía en derrotar a los franceses en un encuentro decisivo de cuatro a seis semanas para girar posteriormente hacia el Este con toda su fuerza militar. Una vez puesto en marcha este Plan no había posibilidades de modificaciones substanciales sin correr el riesgo de un fracaso total.

Fue un Plan estrictamente militar en el que no tuvieron participación ni influencias el Kaiser Guillermo II ni su Gabinete. Era de exclusiva responsabilidad del Estado Mayor General Imperial.

Pero el Kaiser no permaneció tranquilo y quiso dar muestra de sus inquietudes estratégicas.

Estando bajo la influencia de la lectura de las obras de Alfred Thayer Mahan, quiso que Alemania fuese tan poderosa en el mar como ya lo era en tierra y para esto contó con el apoyo y la colaboración del Almirante von Tirpitz.

La ley de la Marina de Guerra, dictada en 1900, trajo como consecuencia la animadversión total de la Gran Bretaña.

Para el inicio del siglo, Gran Bretaña basaba su política naval en que debía mantener una superioridad manifiesta sobre el total de las dos Flotas más poderosas de Europa, que para ese tiempo eran la rusa y la francesa. La legislación naval alemana procuraría construir una Flota de acorazados, cruceros y destructores que le permitieran subir del quinto lugar relativo en que se encontraba hasta equilibrarse con la inglesa.

A medida que los nuevos buques iban siendo lanzados, la amistad anglo-alemana se enfriaba peligrosamente.

Era obvio que el Almirantazgo británico supusiera que el incremento naval alemán iba dirigido exclusivamente a enfrentar a su Flota en aguas del Mar del Norte, dado el restringido radio de acción de que disponían las nuevas unidades alemanas.

Las altas esferas inglesas orientaron a su opinión pública en el sentido de que Rusia y Francia ya habían dejado de ser

enemigos y que era conveniente mejorar las relaciones con estos Estados.

La Entente Cordiale franco-inglesa de 1904, que entre otras cosas permitía actuar libremente en Marruecos y Egipto respectivamente, no fue del agrado de Alemania. Hubo una serie de acontecimientos políticos en esos años que agudizaron aún más la situación, como ser: la petición de Alemania de destituir al Canciller francés Théophile Delcassé con el fin de romper el convenio franco-ingles, la derrota de Rusia a manos del Japón en 1905, la Conferencia de Algeciras en 1906 y el Tratado anglo-ruso de 1907. Se cerraba el cerco sobre las Potencias Centrales y Gran Bretaña se decidía a dar el paso decisivo de abandonar su posición de árbitro.

A pesar de las nuevas relaciones, la Triple Entente —Francia, Inglaterra y Rusia— fue de carácter informal, ya que la opinión pública inglesa no apoyaría un conflicto bélico inmediato. Para esto se necesitaba tiempo.

La política exterior alemana había sufrido algunos fracasos en Algeciras, además del alejamiento ruso y tuvo necesidad de hacer notar a los demás Estados europeos que era fuerte para imponer su decisión a estos Estados y que además contaba con la amistad de Austria-Hungría.

Rusia manifestó que tenía la obligación de proteger a los pueblos eslavos frente a la dominación turca, y por otro lado, Austria deseaba dominar a estos pueblos ante el temor de que se transformaran en puntos de apoyo para sus compatriotas bajo la dominación de los Hapsburgo. Rusia deseaba extender sus brazos hasta los Dardanelos como un medio adecuado para conseguir este objetivo.

En 1870 von Moltke había profetizado que si no se ponía cuidado, la próxima guerra comenzaría por algún asunto demencial en los Balcanes. Si el Imperio otomano ya se encontraba en plena decadencia, alguien debía llenar ese vacío de poder y el Estado más indicado era Austria-Hungría con el apoyo alemán y negándole de paso la posibilidad a Rusia de salir a aguas abiertas.

Para 1908, Europa no contaba para su gobierno con estadistas de estatura similar a los que había tenido cuarenta años atrás. Faltaba la visión de alto vue-

lo para prevenir la catástrofe que se avecinaba.

La Gran Guerra fue el primer conflicto en que lucharon millones de hombres, y no es exagerado decir que fueron pueblos enteros movilizadas.

Y hemos de volver a mencionar el problema de la movilización. Los planes locales de movilización estaban ligados al plan general de operaciones para la evolución de las fuerzas activadas, de modo que había que asegurar la puesta en combate en las condiciones más favorables.

Si la doctrina señalaba una inmediata ofensiva o una maniobra defensiva en espera del ataque enemigo, ésta era ya una cuestión decidida con anticipación por los Estados Mayores. Los cambios o demoras quedaban fuera de discusión una vez iniciada la movilización.

Las demoras equivaldrían a rondar el fracaso, al tolerar que el enemigo tomase una ventaja que tal vez no pudiese superarse. Lo que se ha dado en llamar "planes predeterminados e irreversibles" son subjetivos. Tienen el cáncer de la ilusión de la batalla decisiva.

En el frente occidental, en donde los Ejércitos alcanzaron a sumar 3.700.000 hombres, se agrupaban en una línea que abarcaba desde Suiza hasta el Canal de la Mancha. En principio habría habido que descartar la posibilidad de una guerra de maniobras por la falta de caminos, medios de observación y comunicaciones.

La realidad fueron las posiciones fuertes estáticas imposibles de rebasar y la impotencia de lograr una ruptura del frente en busca del encuentro decisivo.

A pesar de los avances en la creación y mejoramiento de los nuevos armamentos, nunca hubo una preparación artillera tal que hubiera eliminado los puntos fuertes del enemigo que diezaban a las olas de asalto de la infantería.

No hubo imaginación en los hombres de Estado para buscar nuevos caminos que rompieran este estancamiento.

Los ingleses ayudados por los franceses quisieron dar un golpe audaz sobre los Estrechos turcos en 1915. Pero también fue el fracaso más rotundo por la falta de previsión de los altos dirigentes de la guerra.

Se crearon el tanque, el avión, el submarino. Mas, con todo esto no fue posible acortar la guerra.

Pero no nos alejemos demasiado de los primeros años de este siglo.

El general Helmuth von Moltke sucedió a von Schlieffen. No era un hombre tan brillante como su antecesor ni como su ilustre tío, el viejo von Moltke. De carácter irresoluto, no pudo dejar de tentarse y modificó el Plan Schlieffen. Ya veremos más adelante sus consecuencias.

El Plan Schlieffen señalaba que debía destinarse a lo menos el noventa por ciento de los efectivos del Ejército alemán para atacar a Francia, mientras que el diez por ciento restante, sumados a los austríacos, mantendrían retenidos a los rusos.

Una vez derrotada Francia, girarían Alemania y su aliado imperial sobre Rusia.

Schlieffen pensaba reunir dos tercios de sus fuerzas en una gigantesca y poderosa ala derecha que pasaría a través de las planicies belgas.

Pero esta maniobra implicaba desconocer la neutralidad belga amparada por Inglaterra desde 1839.

Las exigencias de las necesidades militares urgieron a Schlieffen a despreciar el peligro que significaba la inclusión de Inglaterra como adversario en su carácter de garante en el Tratado ya mencionado. Había que asestar un golpe excepcionalmente fuerte y veloz para destruir a los franceses. Schlieffen corría contra el tiempo para evitar las consecuencias de un bloqueo naval inglés sobre el Continente. Una vez liquidada Francia, Inglaterra seguramente se allanaría a conversar amigablemente con Alemania.

Veamos la red de Tratados y obligaciones de las Potencias adversarias.

Alemania debería ir en auxilio de Austria-Hungría si ésta entraba en guerra en contra de Rusia. Francia y Rusia estaban mutuamente comprometidas de atacar a Alemania si cualquiera de ellas entraba de lleno en un conflicto bélico.

Inglaterra debería declarar la guerra a Alemania si ésta violaba el territorio belga. Alemania en tal situación se encontraba ahorcada por los acontecimientos. Una vez iniciado el conflicto Ale-

mania no podría evitar combatir en dos frentes y la esperanza estaba en derrotar primeramente a Francia.

Ya en 1908 el bosquejo del Plan Schuetten era conocido y comprendido por los futuros adversarios de Alemania. Francia, por ejemplo, entre 1908 y 1911 favorecía los principios de los puntos fuertemente defendidos y fortificó su frontera oriental excluyendo el sector belga.

Como ya existían indicios de que Alemania violaría la neutralidad belga, lo lógico era recomendar medidas suplementarias de defensa para dicho sector de común acuerdo entre belgas y franceses. Pero los belgas, defendiendo a ultranza su devoción por la neutralidad, no oyeron a los franceses.

Por el lado ruso no marchaban mejor las cosas. Rusia estaba viviendo una época preludio de trascendentales cambios y desafortunadamente no poseyó hombres de Estado capaces de comprender los problemas que tenía entre manos.

Comprometieron al Ejército ruso a lanzar una ofensiva, la que fue prematura, sobre la Prusia Oriental, y también erraron distribuyendo inadecuadamente las fuerzas entre el frente de la Prusia Oriental y la Galitzia para enfrentar a los austro-húngaros.

No podrían aliviar con su ofensiva de diversión al frente sostenido por los franceses.

Pero Francia también cometía grandes errores. Para 1911, el general Augustin Edouard Michel, convencido de que el peso del ataque alemán se desencadenaría sobre Bélgica, sugirió levantar una posición defensiva francesa a lo largo de la frontera franco-belga, movilizándolo un regimiento de reserva por cada regimiento activo. Hubo fuertes críticas para este Plan, las que decían que de esta manera se perdería el empuje entusiasta del Ejército francés al incluir fuerzas reservistas.

Se estimaba que los alemanes no utilizarían sus propias reservas para su proyectada ofensiva a través de Bélgica. Al excluir el uso de las reservas alemanas, el Ejército alemán sólo podría reunir algo más de cuarenta divisiones para su ofensiva inicial en el Oeste. Al concentrar el grueso de estas fuerzas en una poderosa ala derecha, el centro y la izquierda, por

falta de elementos humanos y logísticos, serían débiles para contener una contraofensiva francesa.

Los franceses supusieron equivocadamente que los alemanes utilizarían solamente fuerzas de primera línea y que por lo tanto el esfuerzo principal no podría extenderse al Oeste del Mosa, sin debilitar fatalmente el resto del frente.

Se expulsó al general Michel y se adoptó el Plan XVII, el que aconsejaba fuertes ofensivas tanto en la Alsacia como en la Lorena así como en el NE francés apenas se iniciasen las hostilidades. La línea fronteriza al Oeste del Mosa, es decir, sobre Bélgica, quedaría desguarnecida y cubierta por escasas divisiones de reserva.

Lo real y efectivo era que Schlieffen planeó la creación y el entrenamiento de una fuerza de divisiones de reserva para suplementar a sus divisiones activas, para que así su ala derecha fuese lo suficientemente poderosa para cumplir con su fin.

Ya en 1908 estaban listas o en vías de estarlo algo más de veinte divisiones de reserva.

Ya bien entrado el año 1915, se encontraban en el frente de batalla 28 divisiones de reserva que demostraron a sus críticos estar totalmente al nivel y altura de las más exigentes necesidades militares.

El Plan Schlieffen produjo una reacción al crearse las contramedidas por los franceses y rusos, a las que se adhirieron los ingleses ya en 1905 al establecer contactos entre estos tres Estados Mayores, que se intensificaron en 1910. Esta colaboración derivó en que el proyectado Cuerpo Expedicionario Británico se desplegaría, sin sospechar siquiera el peligro a que se expondría sobre el débil flanco izquierdo francés.

Desafortunadamente para las pretensiones alemanas, no hubo coordinación entre los Estados Mayores de la Armada y del Ejército. Existieron celos del Ejército por el alto costo que significaba la construcción de la nueva Flota de Altamar alemana, y que le pudiera haber significado al Ejército la creación de por lo menos doce nuevas divisiones.

La Armada habría servido nada más que para proteger el flanco báltico en las operaciones contra Rusia.

La Armada francesa profesionalmente estaba bien y además contaba con excelentes unidades de combate. Interiormente no olvidaba las críticas recibidas por su inmovilidad en la guerra franco-prusiana de 1870.

Por su parte, la Armada Real tuvo sus dificultades de entendimiento en lo relacionado con el transporte del Cuerpo Expedicionario Británico (CEB), lo que significó cambios en el Alto Mando, nombrándose a Winston Churchill como Lord del Almirantazgo y creándose el Estado Mayor General Naval en 1911.

Inglaterra convino con Francia en estacionar su Flota Metropolitana en el Mar del Norte y sobre el Canal de la Mancha, oponiéndose así a la Flota de Altamar alemana, en tanto que la Flota francesa se estacionaría en el Mediterráneo. Es obvio que el litoral francés quedaría cubierto por los ingleses en caso de guerra.

En lo político la situación era cada vez más grave. En 1908 existían más de quince mil kilómetros cuadrados de territorio europeo controlados por el Imperio otomano. Su gobernante, el Sultán Abdul Hamid II, tenía interés en reservarse derechos sobre Bosnia y Herzegovina, las que según las cláusulas del Tratado de Berlín de 1898 estaban bajo el dominio y administración del Imperio austro-húngaro, aunque seguían siendo territorio otomano sólo nominalmente. Bulgaria, aunque semi-independiente, no lo era totalmente por estar bajo la protección turca.

Las poblaciones de Herzegovina y Bosnia eran eslavos del Sur (yugoslavos), con cierto parentesco con los croatas y eslovenos de Austria-Hungría, y también con los pueblos de Serbia y Montenegro, que habiéndose liberado del dominio turco, procuraban que esta libertad se extendiera a sus hermanos de raza. La Gran Serbia incluía a todos los eslavos del Sur. Era opuesta a los intereses tanto de los turcos como de los austríacos y además estaba en conflicto con Bulgaria en lo concerniente a las reivindicaciones respecto a la heterogéneamente racial Macedonia, sin olvidar de paso la disputa con Grecia por el Epiro.

La Revolución de los Jóvenes Turcos en 1908, denominada así por la participación activa que le cupo a un grupo de

oficiales jóvenes del Ejército turco, apoyados por núcleos guerrilleros macedónicos, logró imponer su dominio sobre el Ejército y obligó al Sultán a reponer en plena vigencia la Constitución de 1876, la que entre otras disposiciones permitía la libre participación de las comunidades búlgaras de Bosnia y Herzegovina. Es evidente que esto no podría satisfacer plenamente los intereses nacionales de estas comunidades y la búlgara desertó al considerarse como una simple colonia turca.

Austria-Hungría no desperdició esta oportunidad para poner punto final a una situación que no tenía posibilidades pacíficas de solución, evitando que Serbia adquiriese las provincias de Bosnia y Herzegovina.

Rusia, tradicional protectora de los grupos eslavos de los Balcanes, no se recuperaba aún de la humillante derrota sufrida ante Japón en 1905 y de la inquietud social que ya estaba asomando con peligrosidad en su frente interno.

Bulgaria a su vez era protegida de Rusia y enemiga mortal de Serbia. Bulgaria proclamó sorpresivamente su independencia para octubre de 1905 y el Imperio austro-húngaro comunicaba que Bosnia y Herzegovina quedaban anexionadas al Imperio para esa misma fecha. Las consecuencias de estas maniobras, para su época, fueron extremadamente explosivas.

Alemania, ignorando que los Hapsburgo tomarían estas decisiones, no les retiró su apoyo. Francia se mostró externamente impasible. Italia sorprendida. Prusia indignada. Serbia muy inquieta y alterada. Gran Bretaña no disimuló su profundo malestar y Turquía se sintió ofendida.

Aparentemente la guerra en los Balcanes era inevitable. Las tropas del Imperio austro-húngaro se concentraron sobre la frontera serbia, la que a su vez movilizó a su débil y pequeño Ejército. Austria-Hungría, para prevenir males mayores, también estacionó tropas sobre la frontera rusa en la Galitzia.

Los austríacos exigieron enérgicamente la desmovilización del Ejército serbio y el reconocimiento diplomático internacional para sus anexiones.

Asimismo Alemania enviaba un ultimátum a Rusia, la que debía reconocer

de inmediato las nuevas fronteras y sugerir a Serbia seguir la misma conducta, o en su defecto afrontar los riesgos de una guerra inmediata contra Alemania y el Imperio austro-húngaro. Rusia se encontraba en su momento más débil militarmente y aceptó el ultimátum alemán. Los serbios tuvieron que hacer lo mismo.

Estas maniobras tuvieron un efecto no deseado para Alemania. Impuso su fuerza política, pero obligó a Europa a pensar en el hecho de que Alemania bien pudo poner en acción el Plan Schlieffen. Fue un aviso para los rusos y para los franceses.

Los británicos emprendieron un nuevo plan de construcciones navales creando el acorazado tipo "dreadnought", colocando en gradas las quillas para ocho de ellos.

Con posterioridad a estos incidentes, se produjo la crisis de Agadir y la guerra ítalo-turca de 1911 y su vital influencia en la península balcánica.

El tiempo avanza y ya nos encontramos en el año 1913. Francia adoptaba la doctrina de la ofensiva a ultranza.

Sin embargo, y a pesar de que para ese tiempo, el Estado Mayor francés ya estaba informado del grado de adiestramiento y cantidad de las fuerzas de reserva alemanas y de los propósitos no discutidos de que éstos lanzarían su ofensiva a través de Bélgica, los franceses continuaron con su errado Plan XVII.

Rusia, pensando en una movilización general, se dedicó a construir con celeridad ferrocarriles sobre su frontera occidental, contando con la colaboración financiera francesa. Se prepararon los oficiales y los soldados rusos gracias a los desvelos del Gran Duque Nicolás, de mucho más visión estratégica que el Ministro de la Guerra, Sukhomlinov.

Asimismo, la creación del nuevo Ejército alemán llevó a su Estado Mayor General a determinar que él estaría a punto para el verano de 1914 y que a partir de esa fecha, el tiempo obraría en su contra, pues sería imposible mantener en pie de guerra a tan inmensa máquina militar en tiempo de paz.

Había razones para tener estos temores.

A contar de 1915, el Ejército francés dispondría cada año de tres clases mili-

tares en servicio activo en lugar de dos, como lo era en ese tiempo.

Se suponía y con bastante seguridad, que las nuevas modalidades implantadas en el Ejército ruso en cuanto a la preparación profesional de sus oficiales y soldados tendrían que producir buenos resultados, además que las vías ferroviarias en construcción y casi concluidas, acelerarían la evolución de las tropas movilizadas.

Además, dada la cambiante política francesa, no era un disparate pensar que cualquier día se despediera al Ministro de la Guerra y su nuevo sucesor suprimiera el famoso Plan XVII, cambiando las disposiciones estratégicas del Ejército francés. Su aliada, Austria-Hungría, cada vez se debilitaba más por su incapacidad para resolver las continuas y desgastadoras disputas internas entre su conglomerado de razas e intereses.

La implantación del servicio militar en Francia por un período de tres años, obligó al Estado Mayor alemán a exigir de su Gobierno recursos financieros para atender el armamento y equipamiento de nuevas divisiones de reserva y urgir la fabricación de artillería pesada de campaña. Todo esto debería estar terminado en una fecha fijada dentro del año de 1914.

Si bien es cierto que el Estado Mayor no era gobierno dentro de Alemania, también es cierto que el Gobierno acataba las decisiones y deseos de aquél. Por lo tanto, era jugar con fuego el que estallase una nueva crisis en Europa, pues nadie podría oponerse dentro de Alemania a que esta crisis se resolviera por otra vía que no fuera la militar, y el peso y fuerza del Estado Mayor se inclinaría en favor de una guerra inmediata.

Hay que hacer notar que la paz europea estaba en manos exclusivamente alemanas. Austria-Hungría no estaba en condiciones de lanzarse a una aventura militar sin el apoyo irrestricto alemán. Rusia y Francia no estaban en condiciones de atacar ni conjunta ni separadamente a Alemania.

El poder político alemán había sido sobrepasado por el poder militar y ya estaba escrito que el máximo poder militar de su Ejército en su preparación y

puesta a punto sería para el verano de 1915.

Moltke dijo a Conrad von Hoetzendorf: "Después de esto, cualquier aplazamiento surtiría el efecto de disminuir nuestras posibilidades de éxito".

Con esto está dicho todo.

El motivo por el cual estallaría la guerra era secundario y no tendría mayor importancia en preocuparse por él.

La Marina de Guerra alemana sabía también que los ingleses a medida que transcurriese el tiempo, aumentarían su ventaja sobre la alemana a partir de 1914.

El Estado Mayor de la Marina se preocupó cuando se enteró de las conversaciones sostenidas entre los rusos y los ingleses a comienzos de 1914, ante la posibilidad de que los ingleses terminasen cuatro acorazados para los rusos que estaban en construcción en San Petersburgo, complicando el plan de batalla alemán al tener la posibilidad de combatir en dos frentes: el Mar del Norte y el Báltico. Su situación desmejoraría notablemente. Para contrarrestar esta posibilidad hubo que construir aceleradamente el Canal de Kiel, permitiendo así el paso de la Flota de Altamar de un mar a otro.

Pero cuando las cosas se complican, pareciera que todos tratan de empeorarlas aún más y nadie trata de moderarlas o suavizarlas. Para la primavera de 1914, Inglaterra se vio afectada seriamente por la lucha declarada en Irlanda que buscaba su autonomía de Inglaterra. En un principio hubo cierta crisis institucional dentro del Ejército inglés para reprimir este brote rebelde, al renunciar un buen número de oficiales ingleses a esta tarea represiva, produciendo la natural conmoción dentro del Ejército inglés. Esto indujo a los alemanes a pensar que Inglaterra estaba dividida internamente y por lo tanto no representaría un mayor peligro en la futura lucha continental.

El hecho demencial a que se refiriera en alguna oportunidad Moltke ocurrió una tarde cualquiera en una pequeña ciudad de una pequeña provincia: el 14 de julio de 1914 fue asesinado el Archiduque Francisco Fernando junto con su esposa al hacer ellos una visita oficial a Sarajevo, capital de Bosnia.

Todas las explicaciones para justificar el estallido de la primera guerra que asoló a la Humanidad y que giran alrededor de este asesinato son irracionales.

Todos jugaron a planear una guerra desde hacía muchos años.

Se disputaron fieramente los dominios de territorios extra-europeos para ganar

posiciones para el futuro. Se inventaron una y mil excusas para disimular los verdaderos propósitos.

Y también la excusa del asesinato de Sarajevo para justificar la Primera Guerra Mundial fue trágicamente infantil y para esa pareja real no hubo un monumento recordatorio. Simplemente se les olvidó porque ya estaban muertos.

